

El

Amor en el

Teatro,

EL AMOR EN EL TEATRO

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL AMOR EN EL TEATRO

CAPRICHIO LITERARIO

EN CINCO CUADROS, PRÓLOGO Y EPÍLOGO

DE

✓
SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES de Barcelona
el 25 de Junio de 1902



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1902

A Jacinto Felipe Picón

Gran aficionado al amor y al teatro

Sus buenos amigos

Serafin y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

PRÓLOGO Y EPÍLOGO

EL AUTOR..... SR. VALLÉS.

CUADRO PRIMERO

DOÑA VIOLANTE..... SRA. PINO.
INÉS..... SRTA. COLORADO.
DON GARCÍA..... SR. MORANO.
CARACOL..... MENDIGUCHÍA.

CUADRO SEGUNDO

LEOCADIA..... SRA. RODRÍGUEZ.
PABLO..... SR. TALLAVÍ.

CUADRO TERCERO

REYES..... SRA. PINO.
CARLOS..... SR. MORANO.
DON LINO..... RUBIO.
MANUEL..... LÓPEZ ALONSO

CUADRO CUARTO

ROSA..... SRTA. CATALÁ.
EL PECAS..... SR. MORA.
CINTURITA CHICO..... MATA.
EL PULMONES..... SEPÚLVEDA.
TABERNERO..... GONZALVEZ.

CUADRO QUINTO

FILADELFA..... SRTA. BREMÓN.
BASILIA..... SRA. GARCÍA.
DON PANTALEÓN..... SR. RUBIO.
AMANDINO..... MENDIGUCHÍA.
EL DOCTOR..... LÓPEZ ALONSO.



EL AMOR EN EL TEATRO

PRÓLOGO

EL AUTOR

Inmediatamente detrás del telón aparece la embocadura de un teatro, con lujosa cortina abierta por la mitad, que se pliega á los lados. En la parte superior de la embocadura hay un gran letrero que dice: «Teatro nacional».

(Sale por la derecha el AUTOR, de americana y gabán de entretiempo, se dirige al público y le dice de buenas á primeras lo que sigue:)

Dueño y señor de ingenios y de actores:
perdona si á tu vista me presento
á implorar tu indulgencia y tus favores
con todo el natural comedimiento.
Es vieja tradición de los autores
solicitarlos al final del cuento;
pero yo, salvo error y salvo ripio,
hallo mejor pedirlos al principio.

No quieras ver en esta mi salida,
que acaso te parezca extravagancia,
ni ciega vanidad mal contenida,
ni menos altivez ó petulancia.
Soy humilde, como alma bien nacida,
sé que ante tí se postra la arrogancia,
y si tengo este arranque extraordinario,
es porque se me antoja necesario.

Voy un momento á departir contigo
como Autor de la obrilla que se estrena,
y en la que sólo á reflejar me obligo
las fases del amor en nuestra escena.
Tú me dirás de cómo lo consigo;
yo te diré que mi intención es buena,
y que no hay en los cuadros del conjunto
más enlace que el fondo del asunto.

En la comedia clásica, legado
de Lope y Calderón, Tirso y Moreto,
pinto el amor galante y exaltado,
hondo al sentir y en el decir discreto.
Y después que esa gloria del pasado
evoco por deber y con respeto,
al drama, á la comedia y al sainete
salto sin más, y acabo en el juguete.

Y en el drama, brutal hasta el espanto
pinto el amor; frenético y salvaje;
incapaz de flaquezas ante el llanto,
incapaz de perdón ante el ultraje;
en la comedia, con el dulce encanto
de lo alegre y lo tierno en maridaje;
en el sainete, cómico y chulesco,
y en el juguete, cándido y grotesco.

Cinco invenciones de mi pobre vena,
que pretende rendirle en su locura
pleito homenaje á la española escena,
en que el amor es principal figura.
Vuelvo á decir que mi intención es buena;
que acato tu sentencia, blanda ó dura;
óyeme bien, puesto que á ti me entrego...
y ya vendré por la respuesta luego.
(Vase el hombre por la izquierda más muerto que vivo.)

CUADRO PRIMERO

TEATRO CLÁSICO. — *Amor tirano*

El letrero de la embocadura se trueca por arte de magia ó de birlibirloque, por el del título de este cuadro. La misma variación se verificará en los sucesivos.

Descórrase la cortina. El escenario representa una calle de Madrid en el siglo XVII.—Telón corto.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

DON GARCÍA y CARACOL

(Salen por la izquierda.)

CAR. ¿Qué te acontece, señor,
que en toda ocasión te hallo,
sin que yo sepa evitallo,
tan triste y de tal humor?

¿Dióte acaso algún dolor
que así envenena tus horas?

¿Huyó la dama que adoras?

¿Te hirió de nuevo Cupido?

Dímelo, que estoy transido
de no saber por qué lloras

D. GAR Caracol, á preguntar
me vienes el mal que paso,
cuando ya repleto el vaso
íbatelo yo á contar.

CAR. ¿Pues á qué ha sido el callar
hasta aquí?

D. GAR. Porque pensaba
que mientras mi mal callaba
podiera ser ilusión;
y haciendo de él confesión
por cierto lo confirmaba.
Pero ya que sé que es cierto,
porque vivir no me deja,

escucha lo que me aqueja
y tuve tan encubiertc.
No he comenzado, y ya advierto
que anduve torpe en callar,
que quien tiene algún pesar
halla su alivio en contallo;
pues yo sólo de intentallo
ya me comienzo á aliviar.
Háblame, pues.

CAR.

D. GAR.

Quiso el cielo,
que entre claros arreboles,
un día el sol de los soles
en gloria trocara el suelo.

CAR.

D. GAR.

¿Es doña Sol tu desvelo?
No, sino su hermana bella.

CAR.

D. GAR.

¿Doña Estrella?
¿Quién á ella
se compara, Caracol?
Agora Estrella es el sol,
y Sol es no más que estrella.
Sol en cuya luz aleve
abrárame el niño ciego;
sol de apariencias de fuego
pero de entrañas de nieve.
Sol que hará mi vida breve,
sol que en sombras me ha sumido,
funesto sol, que ha traído
á mi pecho el desencanto,
á mis pupilas el llanto,
la locura á mi sentido.
No vive en él otra idea
que cortejalla y servilla,
interesalla y rendilla
á este amor que la desea.
También don Félix se emplea
en conquistar sus anhelos;
y esto aumenta mis desvelos
y mi mal hace mayor,
pues cuando muero de amor
resucitanme los celos.
En vano de sus rigores
vencer quiero la porfía:
á mi fuego es nieve fría,
roca dura á mis clamores,

desdeñosa á mis favores,
á mi constancia, inconstante,
á mi humildad, arrogante,
á mis finezas, esquivada,
á mis súplicas, altiva,
y á mi ternura, diamante.

CAR.

¿Amores y de los finos
otra vez? Mira, señor,
que no hay locura peor
que andar por tales caminos.

¿No ves que son desatinos?
Si agora ese sol te daña,
¿qué fué de Circe la huraña?
¿qué de la rubia Azucena?
¿qué de Leonor la morena?
¿qué de Filis la castaña?

D. GAR.

¡Ay, Caracol! Este daño
vence á todos ..

CAR

¿No es chistosa
condición? ¿No es brava cosa
que estés así todo el año?
Recuerda lances de antaño...

D.^a VIOL.

(Dando voces dentro.)

¡Favor! ¡Acudid! ..

D. GAR.

¿Quién llama?

D.^a VIOL.

¡Valedme!

CAR.

Voz es de dama.

D. GAR.

Pues mete mano al acero
y vamos ya.

CAR.

Tú primero.

(¡Quién estuviera en la cama!)

(Sacan las espadas y desaparecen por la derecha del actor. Oyese dentro poco después chocar de aceros en viva lucha.)

ESCENA II

DOÑA VIOLANTE, INÉS, DON GARCÍA y CARACOL

(Salen por la derecha. Doña Violante é Inés con mantos.)

D.^a VIOL. Inés, muerta voy.

D. GAR.

Señora,

id tranquila.

- CAR. Les hicimos
correr.
- D.^a VIOL. ¡Por Dios que salimos
de nuestra casa en mal hora!
- D. GAR. No diré yo que salí
en mal hora de la mía,
puesto que amparar debía
vuestra desventura aquí.
- D.^a VIOL. Noble sois.
- CAR. ¡Lo menos diez
conté yo!
- D. GAR. Cállate, necio.
- D.^a VIOL. Herida con mi desprecio
de un amante la altivez,
por la fuerza y sin razón
intentó ganar osado
lo que sabe que de grado
no le da mi corazón.
(Inés y Caracol hablan aparte.)
- D. GAR. Señora, aquese lamento
de tal modo me interesa,
que ya tengo el alma presa
por vuestro divino acento.
Que puesto que solo es tal
que me cautiva, parece
que contando cuitas crece
su dulzura natural.
Y así, excusad que atrevido
viendo sin ver os alabe:
porque si tal canta el ave,
¿cómo no ha de ser el nido?
- D.^a VIOL. ¿Quién no excusa que se atreva
á alabar un caballero,
que sello con el acero
y con el discurso prueba?
- D. GAR. Pues si me habéis excusado
mi hablar de imaginación,
¿por qué no dais ocasión
á que enmudezca admirado?
Hermosa en mi mente os veo:
pruébeme la realidad
que aventaja la verdad
á lo que finge el deseo.
- D.^a VIOL. Vida me dió vuestra espada;

mi pecho os muestra interés...

¿Qué más pretendéis?... ¿Inés?

CAR.

(No es de mármol la criada.)

D. GAR

(Deteniendo á doña Violante.)

Tened, oculta homicida:

si vida mi espada os dió,

¿qué mucho que hablándoos yo

esté viviendo sin vida?

Que me dejáis, reparad,

el alma desesperada;

y lo que os dí con mi espada

con vuestros ojos me dad.

D.^a VIOL.

Ved que ocurriros pudiera

que soñárais de tal suerte

que el verme os diera la muerte

antes que la vida os diera.

Porque no hay cosa ignorada

que en ilusión no miremos;

y antes de vella, la vemos

más perfeta y acabada.

D. GAR.

Realidades hay señora,

que nunca el hombre imagina:

¿quién, sin mirallo, adivina

el cielo que os cubre agora? (Señalando al cielo.)

Vuestras razones mi fuego

avivan más, y me abraso.

Decidme: ¿no fuera caso

digno de asombro, que un ciego

que soñara con mirar

del sol el claro arrebol,

no quisiera ver el sol

por no dejar de soñar?

Pues así la suerte mía

me pone ante vos, y os ruego

que ya que veis que soy ciego

me mostréis la luz del día.

D.^a VIOL.

Digo que obligada estoy

á súplica tan cortés... (Se descubre.)

CAR.

Imita el ejemplo, Inés,

que yo de palo no soy. (Inés obedece.)

D. GAR

¡Cielos! ¡qué he visto!

CAR.

¡Por Dios!

D. GAR

¡qué ven mis ojos!

Señora,

es vuestro rostro la aurora.

- CAR. ¡Tu cara parecen dos!
D. GAR. Aurora brillante y pura
que excediendo á mis anhelos,
viene á disipar los velos
de mi triste noche oscura.
- D.^a VIOL. ¿Lloráis amores?
D. GAR. En pos
de ellos iba.
- D.^a VIOL. ¿Adónde?
D. GAR. Aquí.
- D.^a VIOL. ¿Y hallásteis alivio?
D. GAR. Sí.
- D.^a VIOL. ¿Y quién os lo ha dado?
D. GAR. Vos.
- D.^a VIOL. Franco sois.
D. GAR. Amor me obliga.
- D.^a VIOL. Sois voluble.
D. GAR. Amor lo quiere.
- D.^a VIOL. Y atrevido.
D. GAR. Amor me hiere.
- D.^a VIOL. Y tenaz.
D. GAR. Amor me hostiga.
- D.^a VIOL. ¿Y á amor tan voluble y franco
y tan tenaz y atrevido,
quién le dice que no ha ido
la flecha al aire y no al blanco?
- D. GAR. La ilusión que vos amais
le dice á mi corazón,
que pues vos á mi ilusión
en belleza aventajais,
si respondéis á mi empeño
estimando mis amores,
vencerán vuestros favores
á los favores que sueño.
(Proseguir no es discreción:
Caracol sabrá quién es.)
- D.^a VIOL. (Ya tendrá noticia Inés
de su clase y condición.)
Vuestras finezas no olvido.
- D. GAR. Sin vos no vivo, señora.
- D.^a VIOL. ¿Inés?
D. GAR. ¿Caracol?
CAR. Agora.
(A ver cómo me despido.)

Caracol de los más tiernos
que hay entre los caracoles,
júrote que con tus soles
pronto asomarán mis cuernos.

(Únese Inés á doña Violante y Caracol á don García,
y hablan aparte, bajo.)

D.^a VIOL. ¿Viste nunca rostro y talle
más hechiceros, Inés?

D. GAR. Caracol, loco; ¿no ves
que anda el Abril por la calle?

D.^a VIOL. (A don García.)
Quedad con Dios, si os quedáis.

D. GAR. Si os vais, señora, id con Dios,
mas no olvidéis que con vos
mi alma y mi vida os llevais.

D.^a VIOL. ¿Y me dejais ir sin miedo
vuestra alma y vida llevando?

D. GAR. Sí, porque vivo soñando
que con las vuestras me quedo.

D.^a VIOL. Vano sois.

D. GAR. Vos me obligais.

D.^a VIOL. Y hablador.

D. GAR. Vos lo queréis.

D.^a VIOL. Y agudo.

D. GAR. Vos lo podéis.

D.^a VIOL. Y galán.

D. GAR. Vos me enseñais.

D.^a VIOL. Ven, Inés.

D. GAR. Caracol, vamos.

INÉS (A doña Violante.)

(¡Loca estás!)

D.^a VIOL. (A Inés.) (¡Locura es poco!)

(Se van hacia la izquierda.)

D. GAR. ¡Loco estoy! (Embózase y vase por la derecha.)

CAR. (Imitando cómicamente á su señor y yéndose tras él.)

¡Sí que estás loco!

¿A que no nos acostamos?

D.^a VIOL. (Al público.)

Si lo que acabas de ver
ha llevado á tu memoria
el recuerdo de una gloria
de nuestras glorias de ayer,

quien lo supo componer
para ofrecértelo aquí,
ahora te pide por mí
entre gozoso y turbado,
honor para lo copiado
é indulgencia para sí.

CUADRO SEGUNDO

EL DRAMA. — *Amor que mata*

Habitación humilde en casa de Pablo, en la época presente. Ventana de antepecho á la derecha del actor. Puerta al foro. Chimenea de campana á la izquierda. Muebles pobres. Al lado de la puerta del foro una mesa de pino, y sobre ella un velón encendido que ilumina débilmente la escena.

ESCENA PRIMERA

LEOCADIA

(Aparece sentada junto á la chimenea, inquieta y pensativa. De pronto presta oído hacia la ventana.) ¿A ver?... Me pareció que venía... Pero, no; siempre me anuncia su llegada cantando. Aún no tarda... Quiero verlo entrar... y lo temo, porque esta será la última noche. No puedo más... Estoy resuelta. (Pausa.) ¡Hace frío! .. Esta leña no arde, no da calor... Tal vez sea que yo no puedo sentirlo, porque el frío de la conciencia no me deja. ¡Qué mala soy!... Pronto pasará el tren por ahí abajo, por el valle... En él irá mi pobre Pablo, encerrado en aquel infierno de máquina, guiando la fiera, como él dice, y con el pensamiento puesto en mí... ¡Qué mala soy!... ¡Ah, no! Esta será la última. Me pesa ya mucho la traición, y no quiero echar sobre ella más días de crimen. La última, la última... ¿A ver?... Volvió á parecerme que cantaba... No... Es el viento. (Quédase pensativa.)

ESCENA II

LEOCADIA y PABLO

(Sale Pablo por la puerta del foro, sonriente y ufano. Detiéndose contemplando á Leocadia.)

PABLO (En todo pensará, menos en que tiene tan cerca á su Pablo.)

LEOC (¡Qué horror! ¡qué villanía!... Mi Pablo no merece esto...)

PABLO (¿Pensará en mí?... ¡Quién lo pudiera adivinar!... ¿Por qué no sonará el pensamiento de las mujeres?) (Se acerca á ella cautelosamente y la abraza.)

LEOC. (Con sorpresa y terror) ¡Pablo! ¿tú?

PABLO ¡Yo, alma mía, yo!

LEOC. ¡Jesús!

PABLO Tu Pablo, tu amo, tu rey... tu esclavo; el que sueña á todas horas contigo, el que no sabe estar sin tí... Pero ¿qué te pasa? ¿qué tienes?... Ah, vamos, el susto natural, la sorpresa de verme cuando me creerías en mi infierno... y á tantas leguas. .

LEOC. Claro; eso es...

PABLO Un susto de alegría...

LEOC. Compréndelo... á estas horas... verte á estas horas... (¡Dios mío! ¡haz que el otro no llegue!)

PABLO Yo te explicaré... Pero no quiero que me riñas...

LEOC. ¿Qué dices?

PABLO Has de perdonarme de antemano... ¿Me perdonas?

LEOC. ¿Yo... á tí? ¿Perdonarte... yo á tí?

PABLO Sí; por el crimen de quererte mucho. Oye.

LEOC. ¿Qué has hecho?

PABLO Lo que me bullía en la cabeza y en el corazón hace tanto tiempo; lo que era mi pesadilla continua: dejar la odiosa plataforma del tren, á la que mi destino parecía querer esclavizarme.

LEOC. ¿Eh?

PABLO Sí; lo he hecho: por fin lo he hecho y hecho está.

LEOC ¿Te has vuelto loco, Pablo?

PABLO Porque no he querido volverme loco lo he hecho. ¿Pero estás intranquila aún?

LEOC No... no...

PABLO Figúrate: por la tortura de tu corazón juzga de la del mío... ¿Qué sentías tú, tú que tanto me quieres, sin verme casi nunca, cuando el viento del valle te traía por esa ventana el silbido que daba mi máquina al pasar por aquí, como un lamento, como un quejido mío?... ¿Qué sentías al mirar que mi tren se alejaba indiferente á todo, bramando y rugiendo, por ese árido camino que parece que no tiene fin?.. ¿No se te iba el alma con él? ¿No hubieras querido tener alas para seguir su paso y hacerme compañía? Pues imagina mis sentimientos y mis ideas... Yo, que sin tí no vivo, encerrado en aquel horno á todas horas, tostándome el sol, abrasándome el aire, quemándome el fuego; y andar, y andar, y andar, y pasar por esa hondonada como un relámpago, y ver aquí arriba mi casa, mi cariño, y dejarlos antes con la vista que con el pensamiento; y andar, y más andar, ensordecido por el estrépito de la marcha, solo, siempre solo, sin más esperanza que la de llegar á una estación para no verte, y salir de aquella para llegar á otra y no verte tampoco... ¿Crees tú que esto era vida?

LEOC. Creo que eso es así como lo dices, pero ¿qué remedio? Ese era tu oficio. . es tu oficio ..

PABLO Pues no lo quiero á tanta costa. Y el remedio yo se lo pondré. Soy joven, soy fuerte; en el pueblo hay fábricas: trabajaré, pero trabajaré contigo... Esa distancia entre nosotros, esa separación forzosa de la vida del tren, no puedo soportarla más tiempo. ¿Tú no ves que cada minuto de carrera parece que me aparta un siglo de tí?

LEOC. Lo veo, sí, lo veo todo... Si yo también deseo tenerte siempre al lado mío... ¡Ojalá no nos hubiéramos separado nunca!

PABLO ¡Cuánto me encanta oírte!... (La coge por la cintura y la lleva junto á la chimenea, ante la cual se sientan.) Ven acá... siéntate conmigo á la lumbre. Esto es calor... y no aquel fuego de la máquina. ¿Por qué no te alegras?

LEOC. ¡Estoy esta noche tan triste!... No sé por qué, pero estoy muy triste.

PABLO ¿Teniéndome á tu lado, Leocadia? .. Juntos tú y yo, ¿cabe entre nosotros algún motivo de tristeza? Te juro que no sé cómo he tardado tanto en decidirme. ¡Cuántas veces me he dicho, llorando y sollozando solo: Dios mío, ¿para qué llevo yo esta vida de esclavo, esta negra vida, si allá, en aquella altura, tengo lo que tienen muy pocos hombres: amor, y pan, y luz?... (Reparando en Leocadia, que en vano trata de contener el llanto que se agolpa á sus ojos.) Pero, qué, ¿lloras? Alma de mi alma, ¿por qué lloras? (Oyese dentro, lejos, la siguiente copla, que canta un hombre que se va acercando á la casa)

Una moza que me quiere
me quiere más que á su vida,
y yo que también la quiero
la quiero más que á la mía.

LEOC. (Dando un grito, apenas empieza la copla.) ¡Ah!

PABLO (Sobresaltado.) ¡Qué!

LEOC. Nada... (¡Viene ahí!...)

PABLO ¿Qué tienes, mujer? ¿Por qué te asustas? .. (Prestando atención al canto, y con extrañeza.)

¿Quién anda por estos sitios á estas horas?...

LEOC. Qué sé yo. ¿Como quieres que sepa yo?...

PABLO ¿Pero tiemblas?... ¿pero no me miras?...

LEOC. ¡Pablo!

PABLO (Saendiéndola.) ¡Leocadia! ¡Leocadia! ¿Qué es esto?... ¿Acaso tú?... Hacia aquí se acerca quien sea... ¿Qué es esto? ¡Habla! ¡habla!

LEOC. Te digo que no sé... que no sé. .

PABLO ¿No sabes? ¿Y sabes por qué tiemblas?

LEOC. Iré á ver... Déjame...

PABLO ¡No! ¡Quieta aquí! ¡Si va á entrar el que cantaba, que entre!

LEOC. ¡Pablo de mi alma!

PABLO (Receloso, sin dejar de mirar á la puerta.) Quieta aquí, quieta aquí... ¿Qué temes tú? ¿qué temes?

LEOC. ¡Perdón, Pablo! ¡Perdón!... (Desmáyase.)
PABLO (Apartándose de ella anonadado.) ¿Perdón?... ¿Me ha pedido perdón?... ¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Pero, no, no es verdad, si no puede ser, si no puedo creerlo... (Acercándosele.) ¡Dime que no es verdad, Leocadia! ¡Dime que estoy soñando! (Principia á oirse algo más cerca la copla de antes. Pablo al escucharla se estremece.) ¡Ah!... No, no es sueño.. ¡Miserables!... (Va á lanzarse sobre Leocadia para ahogarla, y se contiene.) No, ahora no; luego, luego, cuando pueda darse cuenta de que la mato. (Desde este momento, sugestionado y atraído por la voz que avanza cantando hacia la casa, se encamina maquinalmente en dirección de la puerta del foro.) ¡Qué ufanos vienen y qué tranquilos!... (Buscándose inutilmente un arma en la ropa) No traigo armas... ¿Para qué había de traerlas, si yo no venía aquí á matar á nadie? (Llora y se rehace súbitamente.) ¡Miserable yo, más miserable que ellos, que estoy llorando!... (Pausa. Vuelve á oirse la copla, muy cerca ya. Apenas comenzada, vase Pablo arrebatado y resuelto por la puerta del foro. Poco después córtase el canto bruscamente en el tercer verso de la copla. Nueva pausa. Se oye lejos el silbido de una locomotora. Más tarde se supone que pasa por delante de la casa de Pablo, aunque á gran distancia. Al fin se pierde todo rumor en la lejanía. Cuando apenas se percibe ruido alguno, vuelve Pablo en ademán descompuesto y feroz. Llégase a Leocadia, y sacudiéndola brutalmente le grita:) ¡Leocadia! ¡Leocadia! ¡Despierta!

LEOC. (volviendo en sí.) ¿Qué?... ¿qué?... ¿Qué es esto?
PABLO Soy yo, yo... ¿No me ves? Yo; Pablo, tu Pablo, como tú decías. (Respondiendo á una mirada de Leocadia.) No, no; al otro no lo busques; al otro no lo verás más: no lo busques.

LEOC. ¿Qué has hecho?

PABLO Lo que había que hacer: matarlo.

LEOC. ¿Matarlo?

PABLO Matarlo, sí. ¿Qué menos? Salí loco, tem-

blando de dolor y de rabia. Lo encontré en lo alto ya... Caí sobre él como un tigre, me agarré á su cuello y le ahogué la infame copla en la garganta... Se defendió de mi brutal acometida, se rehizo; era fuerte... Luchamos... Lucha desigual: yo llevaba conmigo la razón, la venganza justa; él no llevaba más que el azoramiento de la sorpresa y del crimen... Por eso le he vencido. De pronto silbó el tren allá lejos... En sus ojos ví una idea espantosa, terrible .. El me la dió: la idea fué suya... Lo arrastré con esfuerzo supremo hasta el borde mismo de la montaña, y lo hice rodar por la pendiente. . Cayó al camino en el momento en que llegaba el tren... el tren mío... y allí se quedó el miserable.

LEOC.

¡Qué horror!

PABLO

¿Horror dices? ¿Y yo, qué diré?...

LEOC.

¡Pablo!

PABLO

Nada temas tú: á ti no te mato. Tú aquí, aquí: sola, siempre sola: á llorar lágrimas que te abrasen los ojos y el alma, y que no te consuelen... Y yo abajo, otra vez al tren, al leal amigo á quien dejaba y que me ha sabido vengar; á la plataforma de hierro, á pasar muchas veces, rugiendo con él, respirando fuego, blasfemando, por encima de la mancha negra que deje la sangre de ese ladrón de mi ventura. Adiós, Leocadia.

LEOC.

¡Perdóname!

PABLO

¡Nunca: este amor mío, ó muere ó mata; pero no olvida ni perdona! ¡Adiós! (Vase. Leocadia déjase caer en una silla sollozando.)

CUADRO TERCERO

LA COMEDIA. — *Amor poético*

Jardín frondoso en casa de Reyes, en Granada, limitado al foro por una tapia con verja en el centro. Hacia la izquierda del actor grande espesura. Sillas y bancos rústicos.—Es de noche.—Epoca presente.

ESCENA PRIMERA

MANUEL y DON LINO

- MAN. (Yendo á la verja y llamando con cierto misterio.)
¡Don Lino! ¡Don Lino!... ¡Venga usted!
- D. LINO (Saliendo por la verja con gran lujo de precauciones)
¿Estás solo?
- MAN. Más solo que un faró.
- D. LINO Entonces paso sin cuidado. ¿Y la viudita, tu señora?
- MAN. Muy pronto bajará al jardín.
- D. LINO Pues no perdamos tiempo. Oye.
- MAN. Usté dirá.
- D. LINO Ya tú sabes que yo la enamoro hace dos meses, desde que riñó con el militar, y que, por fortuna para mí, he sabido encontrarle las cosquillas.
- MAN. ¿Ahí andamos?
- D. LINO Las cosquillas morales, se entiende. Favores de otra índole, sólo puedo enorgullecerme de uno.
- MAN. ¿Sí?
- D. LINO Sí. Una tarde estival, en el patio, le besé una mano...
- MAN. ¿Y qué dijo eya?
- D. LINO Nada; porque estaba durmiendo la siesta...
- MAN. ¡Tunante!
- D. LINO Verás; verás qué plan he discurrido para rendirla esta misma noche. Ella es un espíritu delicado... poético... dulce... Yo la he visto mil veces arrobada con el piar de las

golondrinas y el trinar de los ruiñeños ocultos en las frondas... Pues bien: escucha.

(Saca un flautín y toca) ¿Qué es esto?

MAN.

¿Eso?... ¿Es la marcha real?

D. LINO

¡Hombre! ¡por Dios! Si te pregunto qué canto remeda...

MAN

¡Ah!

D. LINO

Es un ruiñeño... ¿no lo oyes? (Toca otra vez.)

MAN.

¡Sí que es un ruiñeño! (Lo mismo pué sé un ruiñeño que un perro pisao.)

D. LINO

Bueno, pues verás. Yo voy á internarme en la espesura, y cuando ella salga aquí, y se extasie en la contemplación del cielo estrellado, empezaré á tocar mi pitito... lejos primero, y acercándome poco á poco después, como si viniera de rama en rama...

MAN

Eso va á está presioso.

D. LINO

¡Ya lo creo! La música predispone su espíritu al amor... ¡qué duda cabe! Y ese es el momento.

MAN.

¿Er momento pa qué?

D. LINO

Para que tú desde la azotea, arrojes á sus pies esta carta... como si cayera del cielo.

(Le da una carta.)

MAN.

¿Y cuándo tengo yo que tirarla?

D. LINO

En cuanto deje yo de tocar el pito. ¡No interrumpas al ruiñeño por nada del mundo!

MAN.

Descuide usted. La señorita yega.

D. LINO

Pues voy á esconderme allá lejos... (Entrase por la izquierda hacia el fondo.)

MAN.

Vaya usted con Dios...—¿Estará loco er tío?... Pero, en fin, mientras pague, ahí me las den toas.

ESCENA II

MANUEL y REYES.

(Sale Reyes por la derecha.)

MAN.

(Contemplándola.) (¡Miste que quererse yevá á esta mujé esa carcomanía!...)

REYES

Manuel.

- MAN. Señorita Reyes.
REYES ¿Qué iba yo á preguntarte?
MAN. Si se va er regimiento mañana, ¿no?
REYES No: no era eso.
MAN. Pos se va, señorita.
REYES Vaya con Dios (Se sienta. Pausa.)
MAN (Acercándose á ella con misterio.) Anoche pasó por aquí.
REYES ¿El regimiento?
MAN. Lo mejó der regimiento: er señorito Carlos.
REYES ¿Y á mí qué...?
MAN No; na... (Hace que se va. Reyes lo llama.)
REYES Oye: ¿á qué hora pasó?
MAN. A estas horas, sería...
REYES Ya ves tú á mí qué... (Deteniendo á Manuel que se va de nuevo.) Escucha: ¿dices que á estas horas?
MAN. (Aproximándose mucho á ella.) Sí, señorita. Sobre poco más ó menos, á estas horas. Pasó dos veces: una pa arriba y otra pa abajo: las dos veces se asomó por la verja. La última creí que quería grabarse los yerros en la cara. Después le dió á la casa seis güertas lo menos; y después, se conose que cansao de darle güertas al asunto, tiró caye arriba con una cara... ¡con una cara!... que á mí me dió mucha lástima del asistente.
REYES (Rompiendo nerviosamente su abanico.) Bueno, sí, vete ya, majadero...
MAN. (¡Destrosó el abanico!... ¡Está de un humó... como pa escuchá ruiseñores!...) (Vase por la derecha.)

ESCENA III

REYES; después CARLOS

- REYES ¡Dios mío! ¿pasara esta noche también?... ¿Se irá sin verme?... ¡Qué dos meses de separación más horribles! ¿Para qué reñiríamos, queriéndonos? ¿Para qué tendrá orgullo el amor?... Si yo pudiera buscarlo como él buscarme, creo que no hubiera esperado tan-

to tiempo... (Aparece Carlos en el foro, y mira cauteloso hacia el interior del jardín.) ¿Qué? Alguien se ha detenido en la verja... ¿Será...? Tiemblo toda... No me atrevo á volver la cara... El corazón me está gritando que es él...

CARL. (Abriendo la verja y penetrando en el jardín.) ¿Reyes?

REYES ¡Carlos! (Pausa. Se miran emocionados sin hablar.)

CARL. ¿Me esperabas?

REYES Sí.

CARL. Lo sabía.

REYES ¿Por qué?

CARL. Por lo mismo que tú me esperabas.

REYES Me parecía imposible que te fueras sin verme.

CARL. Y á mí que tú no quisieras verme antes de partir.

REYES Vendrá... vendrá... pensaba yo constantemente

CARL. Iré... iré... pensaba yo.

REYES ¿Por qué no me habrá escrito?... me decía.

CARL. ¿Por qué no me escribirá?... me preguntaba.

REYES ¿Qué ha pasado entre nosotros para este alejamiento?

CARL. ¿Qué disgusto hemos tenido para estar así?

REYES ¿No es una locura separarnos cuando con la imaginación estamos juntos?

CARL. ¿No es una puerilidad alejarnos cuando hay una fuerza que nos une?

REYES Si no ocurrió nada serio...

CARL. Si no sucedió nada grave...

REYES Tonterías de enamorados...

CARL. Niñerías del cariño...

REYES Y pasaba un día... y: «¡No vienes!»

CARL. Y pasaba una noche... y: «¡No me llama!»

REYES Y á todas horas: «¡Que venga! ¡que venga!»

CARL. Y á cada instante: «¡Allá voy! ¡allá voy!»

REYES Y viniste al fin.

CARL. Y al fin he venido.

REYES Y aquí estás ya.

CARL. Y aquí me tienes.

REYES ¡Carlos mío!

CARL. ¡Vida de mi alma!

(Al empezar este diálogo, Carlos y Reyes se hablarán a alguna distancia. Poco á poco é instintivamente irán aproximándose, y al decir las dos frases últimas se estrecharán las manos con efusión.)

REYES (Suspirando.) ¡Ay! ¡Qué tranquilidad... y qué alegría!

CARL. Es tan grande la que yo siento, que estoy por bendecir la hora en que reñimos.

REYES Bueno; pero que no vuelva á ocurrir.

CARL. Nunca más. Siéntate aquí, á mi lado. (se sientan.)

REYES ¡Ay! ¡Qué poco se parece esta paz á la inquietud de antes!... Oye: ¿se va tu regimiento mañana?

CARL. Sí; y yo con él.

REYES ¡Carlos! ¡No me lo digas!

CARL. No te apures; volveré muy pronto á Granada. Mi tío Sebastián me ha prometido arreglarlo así.

REYES ¡Qué simpático es tu tío Sebastián!

(Don Lino cree llegado el momento de lanzarse, y principia á tocar su flautín allá lejos.)

CARL. ¿A ver? ¿No oyes?

REYES ¿Qué?

CARL. Escucha.

REYES Parece un ruiseñor.

CARL. Un ruiseñor es.

REYES Cantará celebrando nuestras paces. Hasta ese pájaro se alegra de ellas. (Hablan en voz baja. El canto del ruiseñor se oye mas cerca á cada instante, y á poco aparece don Lino por la espesura de la izquierda, radiante de dicha y tocando el flautín.)

ESCENA IV

DICHOS y DON LINO

D. LINO ¿Estará por aquí? ¿Por qué no habrá llegado esta noche al cenador?... (Sigue tocando.)

REYES El ruiseñor se acerca...

D. LINO (¡Ahí está!... ¡Y habla sola!... ¡Es un espíritu poético!... La luna... el follaje... el beso del aura. .) (Vuelve á tocar.)

- CARL. ..Quieres que coja ese pájaro para tí?
D. LINO (¡Corcho!) (Se queda de una pieza y suspende el toque.)
- REYES No; déjalo gozar de su libertad...
- CARL. ¿Te basta con tenerme á mí preso?
REYES Me basta.
CARL. ¡Bendita seas! (Le besa una mano.)
D. LINO (Tragando saliva.) (Ese no es el beso del aura, ¡porra!)
- CARL. ¿Qué contento va á ponerse mi tío Sebastián cuando sepa estas paces!
REYES Como que por él te conocí...
- D. LINO (¡Mal tiro le den al tío Sebastián!... (De repente, aterrado.) ¡Corcho! ¡que si no sigo tocando va á echar ese la carta!...) (La emprende con el flautín, y ya no deja de tocar sino para decir aprisa las frases que siguen.)
- REYES Mira, mira cómo se anima el ruiñeñor...
CARL. Está tan contento como nosotros.
D. LINO (¡Más! ¡más contento! .. (Pausa. Toca que toca.)
¿Pero es que me voy á pasar así la noche entera?)
- REYES Te lo perdono todo, todo; hasta que tuvieras celos de aquel imbécil ..
D. LINO (¿A que están hablando de mí?)
CARL. Eso no me lo perdono ni yo. ¡Mira que celos de don Lino!...
- D. LINO (¿No lo dije? ¿Cómo le avisaría yo á Manuel?)
REYES ¡El pobre! Con aquellas patas, que parecen los picos de rosca...
D. LINO (Gozando.) (¡Ajajay! ¡qué golpes tienen estas andaluzas!)
- CARL. Y aquella calva de zapatero, verdaderamente ignominiosa y ruin...
D. LINO (¡Adiós, Adonis! ¡Nunca ha estado un pájaro más en ridículo!)
- REYES Y luego, es una fatiga; porque yo no sé á lo que huele, pero no huele bien.
D. LINO (Olfateándose.) (¿Que no huelo bien?...)
CARL. Huele á automóvil. (Se rien.)
D. LINO (Sudando á chorros.) (¡Virgen de las Angustias! ¡Estoy sudando calamares! ¡Yo ya no puedo soplar más!...) (Suspende el toque.)

- REYES ¿Quieres que demos una vuelta por el jardín?
- CARL. ¿Lo quieres tú? ¡Pues no me lo preguntes!
D. LINO (¡Mira qué ternura!...)
(Se levantan los dos y pasean, haciendo huir á don Lino constantemente.)
- REYES ¿Y de veras crees que tu tío Sebastián logrará trasladarte aquí?
- CARL. Sí, tonta. ¿Qué no conseguirá mi tío Sebastián?
- D. LINO (¡Caray con el tío Sebastián!)
- REYES ¿Y te vas sin duda mañana mismo?
- CARL. Mañana muy temprano. Estaré esta noche contigo como Romeo con Julieta: hasta que al canto del ruiseñor suceda el de la alondra...
- D. LINO (¡Pues la alondra la va á hacer tu tío Sebastián!) (Reyes y Carlos se internan en el jardín por la izquierda, muy amartelados. Don Lino sale al primer término.) ¡Maldita sea mi suerte! (Se acerca á la derecha y llama.) ¡Manuel! .. ¡Manuel! ..

ESCENA ÚLTIMA

DON LINO y MANUEL

- MAN. (saliendo por la derecha) ¡Por vía e Dios, don Lino de mis curpas! No me diga usted na, que to lo he visto...
- D. LINO ¡Trae acá mi carta!
- MAN. (Devolviéndosela.) Tome usted.
- D. LINO Y quédate con Dios. (Hace que se va y vuelve.)
- MAN. ¡Señorito!
- D. LINO Perdona, hombre; me iba sin darte nada... Ahí tienes un duro.
- MAN. (Cogiéndolo y mirándolo) Este es farso, don Lino.
- D. LINO Ya lo sé; pero tú lo puedes pasar mejor que yo. ¡Y comprenderás que después del rato que he llevado no es cosa de darte un duro bueno!
- MAN. ¡Ay, qué grasia!
(Se oyen dentro carcajadas de Reyes y Carlos.)

D. LINO ¡Abur! Aquellos se están riendo otra vez, probablemente de mi calva.

MAN. Como que paese que se le ha subió á usté la barriga á la cabeza. (Se rie también.)

D. LINO ¿Ah, sí? (Amenazándolo con el pito.) ¡Verás tú si te salto un ojo con el ruiseñor! ¡Pues hombre!... (Continúa la risa de los otros dentro y del criado fuera, y en medio de ella exclama don Lino avergonzado.) ¡Vaya una aventurita para contarla en el Casino!

(Al público.)

Ya que tan mal me trata
la suerte dura,
no le contéis á nadie
mi desventura.

Y por vuestra reserva
vaya un consejo:
no se meta en amores
quien se halle viejo;
déjese de conquistas
y no presuma
quien el asma comparta
con el reuma.

Porque es amor un fruto
sabroso y tierno,
mas en la primavera,
no en el invierno.
Cuando hay salud y vida,
sueños y flores,
es cuando cantan siempre
los ruiseñores.

(Toca el pitito y vase)

CUADRO CUARTO

EL SAINETE. — *Amor gracioso*

Telón corto de calle en los barrios bajos de Madrid. A la derecha del actor una taberna. A la izquierda la casa de Rosa, con ventana baja, en cuya vidriera hay un letrero que dice: «Peinadora.»—Es de noche.—Epoca presente.

ESCENA PRIMERA

ROSA, el PECAS y el TABERNERO

(El Tabernero está á la puerta de su tienda; Rosa sale por la izquierda y entra en su casa, y el Pecas, que la sigue, trata de detenerla.)

ROSA ¡Jesús, hijo! ¡Ave María!... ¡Es usted más pesado que un kilo de churros!

PECAS Pero escuche usted, prenda...

ROSA ¡No me da la gana!

PECAS ¡Maldita sea!... ¡Es cosa de morderse la nuez con las muelas del juicio!

ESCENA II

EL PECAS y el TABERNERO

TABER. Hombre, Pecas, no te desesperes... y escúchame

PECAS (Acercándosele.) ¿Que no me desespere? No quisiera más sino que tú, en lugar de tienda de vinos, tuvieses botica; que ya me estabas dando un papeliyo de ácido de Prusia.

TAB. ¿Ves tú? Te ocecas y no recapacitas. Esa mujer no le hace cara á nadie, y ha despreciado al hijo de la tendera, que es una proporción, y á Blas el de la huevería, que es otra proporción, y á un señorito que está

por eya que hace números, y al Cinturita Chico, que eso tú lo sabes, y á tí, y á to Dios; pero no es porque se le haya subío el humo á la cabeza, sino porque tiene un hombre.

PECAS ¡Qué va á tener un hombre! Me molestan las personas que razocinian con las patas de atrás, y tú eres una. Ven acá, galápago: si la Rosa tuviera un hombre, ¿no lo conoceríamos alguno en los dos meses que eya vive ahí?

TAB. ¡No, señor, tarugo de la caye del Barquiyo! Porque ese gachó, que es uno á quien le dicen el Pulmones, yeva ya tres meses largos con la erisipela.

PECAS ¿Quién es la *Erisipela*?

TAB. ¡Viva la Asamblea de enseñanza! ¡Eres un baldosín iznorando! La erisipela no es ninguna artista del *Japonés*, como tú te figuras sino un padecimiento de la sangre, de que Dios nos libre.

PECAS Pero bueno, volviendo á la Rosa: ¿á tí quién te ha contaos esos infundios?

TAB. ¡Pos eya misma! ¡Miá éste!..

PECAS ¿Cuándo?

TAB. Ayer. Y te azvierto que está por ese hombre pero que loca de la cabeza. (Hacia el interior de la taberna.) ¡Va!... De modo que mira bien lo que haces y donde te metes. (Entrase en la tienda.)

ESCENA III

EL PECAS y ROSA

PECAS ¡Que mire bien!... ¡que mire bien!... Como si el amor no fuera ciego...

ROSA (Asomándose impaciente á su ventana.) Y ese maldito sin venir, Dios mío... ¿Estará con la Pepa? ¡No quiero pensarlo!

PECAS (Acercándose á hablarle.) ¿Se puede?

ROSA ¿Otra vez?

- PECAS Dígame ustedé, madre: ¿peina ustedé al seso masculino, ó al femenino nada más?
- ROSA Dígame ustedé, padre: ¿ustedé cree que estas manos se han hecho pa peinar cerdas?
- PECAS Gracias por la flor. Lo preguntaba, al respetive de que si ustedé quisiea peinarme á mí, yo me ofrecía á peinarla á ustedé con la mar de gusto.
- ROSA ¿De veras? No iba ustedé á dar con mi peinao.
- PECAS ¿Que no, verdá? ¿Quié ustedé hacer la prueba? ¿Quié ustedé ver cómo la abro yo la raya en medio á lo Merode, que la agrada á ustedé?
- ROSA ¿Quié ustedé ver cómo le abro yo la cabeza con un tiesto?
- PECAS ¿Pero es que ustedé y yo no vamos á querernos nunca?
- ROSA Sí; nos quedremos... cuando se le quiten á ustedé las pecas de la cara; que la tiene ustedé que paece un mitin de lentejas.
- PECAS (Riéndose sin abrir la boca.) ¡Ay, un mitin!... Ha estao ustedé mu güena; de verdá.. No suelto la risa, porque tengo el defezto de que se me sale la encía de arriba, y pué á ustedé no gustarle.
- ROSA Lo que no me gusta es tener centinelas en mi ventana; que no es garita. (¡Miá que si viene el otro y lo ve!...) Conque ahueque, ahueque...
- PECAS ¿Sabe ustedé que me está ustedé resultando con más orguyo que la horca de Don Rodrigo?
- ROSA ¡Jesús qué chinche!
- PECAS ¿Sabe ustedé que su despego de ustedé va á matar al Pecas?
- ROSA ¡Me alegraré! ¡Por mosca! (Retirase de la ventana, cerrando las vidrieras violentamente.)
- PECAS ¡Adiós, papel insezitida!... ¡Mecachis en nueve!... Me tié más aburrío... más aburrío... Vamos, ¡si hay pa hacer un rombo, y mandarlo al *Heraldo*!... (Se encamina hacia la taberna, á tiempo que sale de ella Cinturita chico.)

ESCENA IV

EL PECAS y CINTURITA CHICO

- CINT. ¿Qué te sucede, Pecas?
PECAS Lo de siempre Cintura: la Rosa, que se ha propuesto enterrarme vivo.
- CINT. ¿La Rosa, eh? (Con jactancia.) Te compadezgo. Sí, porque con esas obleas que tienes en la cara, y esa encía de arriba que se te sale cuando te ríes, que paece que te descompone por piezas... vas mal.
- PECAS (Metiéndose en la taberna, mosqueado.) ¡Adiós, tú!... ¡Y vete al Museo de Reproducciones!... ¡Nos ha fastidiado esel...

ESCENA V

CINTURITA CHICO y ROSA

- CINT. ¡Pobreciyo! Es de los que creen que las prendas físicas pintan poco... Y hay que convenir en que si el moral es la salsa, el físico es la tajá, bien comparao.
- ROSA (Saliendo de su casa, y encaminándose hacia la izquierda llena de inquietud.) ¿Pero es que me va á dar plantón ese hombre?... No... por aquí no viene... (Corre hacia la derecha.) Y to se lo paso menos que me engañe con otra... Ni por aquí tampoco... ¡Yo me voy á morir de pena y de corajel...
- CINT. (Interpelándola, como hombre seguro de su físico y de su moral, y ofreciéndole un caramelo.) ¿La gustan á usted los caramelos de menta, joven?
- ROSA ¡No, señor! ¿Y á usted?
- CINT. ¿A mí? ¿Cómo va á gustarme á mí lo que á usted no la gusta? Los yevo pa osequiar.
- ROSA ¡Pos osequie usted á su señora agüela!
- CINT. Niña, niña; ¿qué es eso? ¿Usted ha reparao con quién habla?

- ROSA ¡Digo! ¡Con un lapiz-tinta! ..
CINT. ¿Por qué dice usted eso?
ROSA Porque no pinta usted na, y se figura usted que pinta mucho.
CINT. Che, che, che. .
ROSA ¡Che, che, che! ¡Que me deje usted en paz!
CINT. Pero, joven irreflexiva..
ROSA ¡Ay, qué Dios! ¡Que no quiero murgal!
CINT. ¡Gachó qué humos! ¡Me río yo de Huelva!)
¿Es que por casolidá existe en el mundo un hombre afortunao que tiene el yavin de ese corazoncito?
ROSA ¿Pa qué quié usted saberlo?
CINT. Pa mandar'le decir por una tarjeta postal modernista que se ponga bien con el Hacedor.
ROSA ¡Ay, qué gracia! ¡Eso sería un pueblo! Pos que le coste á usted que sí, que quiero á un hombre. Y le azvierto á usted que va á yegar de un momento á otro. .
CINT. (Volviendo la cara hacia la taberna.) ¡Voy!... ¡Que no paran de yamarme de ahí dentro!... Cuando se persone ese afortunao, deme usted una voz.
ROSA ¿Pa qué? ¿Pa que se esconda usted en la cueva?
CINT. ¡En la cueva!... ¡en la cueva!... (Las mujeres tien esto: la he cogío en un mal cuarto de hora. Y ponga usted, además, que no he traído el pantalón tornasolao, que las ofusca.)
(Entrase en la taberna.)

ESCENA VI

ROSA Y EL PULMONES

- ROSA ¡Le paece á usted, lo que son los hombres!... Vamos, si á la mujer que se mete en el querer como yo me he metío, la debían estreyar contra una esquina... (De repente, loca de júbilo.)
¡Ay! ¡ayí viene ya Paco! ¡Gracias, virgen de la Paloma!... Mala cara trae... Si me habrá visto hablar con ese... No lo quiera Dios.

- (Llega por la izquierda el Pulmones, que hay que verlo. Es más feo que correr con capa, y á fuer de cojo, lleva en el diestro pie una bota de ocho dedos de suela.)
- PUL. (Dándole galantemente un empujón á Rosa, que se ha vuelto de espaldas á él, un si es no es atemorizada.)
¿Qué haces tú en la puerta e la caye?
- ROSA Te esperaba ..
- PUL. ¿Sí, eh? Como yo te vuelva á pescar hablando con un hombre, vi á meterte dos codazos en los vacíos, que adiós el flato. (Pausa. Pasca con aire olímpico.) Escucha. ¿Tú quiés ir á la Verbena?
- ROSA Yo no.
- PUL. Pos vamos. Ya pués entrar por el mantón.
- ROSA Voy. (¡Mentira me parece que lo tengo al lao!) (Entrase en la casa.)
- PUL. (Gritando.) ¡A ver lo que tardas, tú!...

ESCENA VII

EL PULMONES, el PECAS y CINTURITA CHICO. Después ROSA

(El Pulmones saca y enciende un puro de á cuarta.)

- PECAS (saliendo de la taberna con Cinturita chico.) Te digo que tú y yo tenemos que resolver algo.
- CINT. Y pase lo que pase.
- PECAS (Reparando en el Pulmones, que está á la puerta de la casa de Rosa, y hablando bajo con Cinturita.) ¡Gacholi! ¿Te has fijao en aquél?
- CINT. No lo había oservao. ¿Qué hará ayí? ¡Mía que tié unas bromas el Creador! ..
- PECAS Caya, hombre: «Niños y militares, quince céntimos.»
- CINT. Si me lo encuentro el Domingo antes de la corría, voy al hule.
- PECAS Y se viene con bota de aguas...
- ROSA (Saliendo, con mantón de Manila.) Cuando quieras.
- PULM. Agárrate á mi brazo.
- PECAS (Asombrado y sin poder contenerse.) ¡Mecachis!

- CINT. (Lo mismo). ¡Anda la osa!
- PULM. (Volviéndose hacia ellos con calma.) ¿Pasa algo?
- PECAS Pasaban unas vistas, ¿sabe usted?
- PULM. ¿Eso de las vistas, va conmigo?
- ROSA Paco, no te comprometas.
- PULM. ¡Quítate, ó te espampano!
- CINT. (Es amable.)
- PECAS Le diré á usted, amigo... (Acercándose al Pulmónes.) Pero tenga usted cuidao no me pise...
- ROSA (¡Ay Dios!)
- PULM. ¿Va usted á hacer *cachota* de un defezto de nacimiento? Porque lo que es del Pulmones no se pitoirea ningún hijo e Madrí; y menos usted, que paece que le ha salpicaao un coche la cara.
- PECAS (Yo busco pendencia con este tío.)
- ROSA Paco...
- PULM. ¡Que te cayes!
- CINT. (Estos se agarran.)
- PECAS Defezto por defezto, mejor quiero el mío que no yevar una bota que paece la plancha de un gastre.
- PULM. (Avanzando hacia él mientras razona.) Estoy suscrito á las novelas de Ortega y Frías; he leído la Historia de España de Lafuente, y me bebo la sección de sucesos de los periódicos. Pos en ninguna de esas tres partes hay noticias de un estacazo como el que le voy á sacudir á usted ahora mismo.
- PECAS ¿A mí?
- PULM. ¡A usted! (Levanta el garrote, el Pecas saca una navaja, Rosa sujeta á uno y Cinturita al otro, y al tumulto sale el Tabernero.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y el TABERNERO

- ROSA ¡Paco, por Dios!
- CINT. ¡No te pierdas, Pecas!
- PECAS ¿Quiés dejarme?
- PULM. ¿Quiés soltarme tú?

- ROSA ¡Paco!
- CINT. ¡Pecas!
- PULM. ¡Le disuelvo la masa encefálica!
- TAB. Pero, ¿qué va á ser esto? ¡Pecas, echa tú pa un lao! ¡Rosa, yévate tú á ese hombre!
- PULM. ¡Siempre ha de salir gente!
- PECAS ¡Maldita sea!
- ROSA Vamos, tú; ¿quiés venirte?
- PULM. Vamos, sí; me cargan los testigos oculares.
- PECAS (Aparte, con el Tabernero y Cinturita.) He visto cosas absurdas en el mundo; pero, ¡miá que esa gachí queriendo á ese fenómeno!...
- TAB. ¿No te lo dije yo? ¡La mujer es el caos! (Entrase en la taberna como si no hubiera dicho nada.)
- CINT. Yo lo que te aseguro á tí es que con los desaires me grezgo.
- PULM. (Al Pecas.) ¡Ya le diré yo á usté al oído quince palabras justas!
- PECAS ¡Pos prepare usté una peseta cinco, que cuesta un telegrama! Vente, Cinturita. (Se van por la derecha los dos.)
- PULM. Echa tú pa alante, Rosa.
- ROSA Dame tú el brazo, mi alma.
- PULM. (Cadavérica la han puesto esta fecha y esta facha.)
- (Al público.)
- Y aquí termina el sainete,
perdonad sus muchas faltas.

CUADRO QUINTO

EL JUGUETE CÓMICO.— *Amor inocente*

Dormitorio en casa de don Pantaleón, en Madrid y en nuestros días. Una puerta al foro y otra á la izquierda del actor. Balcón á la derecha. A la izquierda de la puerta del foro una cama. A la derecha un baul mundo. Lavabo, mesa de noche, sillas, etc., etc. Todo ello modesto. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON PANTALEÓN, FILADELFA y BASILIA

- D. PAN. (En traje de calle.) Voy á salir otra vez, niña. Basilia, voy a salir otra vez. (Encamínase al foro.) ¡Mucho ojo con lo que se hace!
- BAS. Descuide usted, señor.
- FIL. Descuida, papá.
- D. PAN. (Volviéndose desde la puerta.) ¡Ah! Si mientras estoy en la calle viene alguien preguntando por mí, á quien sea le dicen ustedes que no estoy en casa. ¡Todo hay que prevenirlo! (se va por el foro.)
- FIL. ¡Mira que entra y sale papá!
- BAS. Parece un termómetro de esos del fraile.

ESCENA II

FILADELFA, BASILIA y AMANDINO

- BAS. (Conteniendo á Filadelfa, que de repente se va para el baul como una bala.) Espere usted un momento, señorita.
- FIL. (Observando desde la puerta del foro.) Ya se ha ido. (Corren las dos al baul mundo y lo abren. Sale Amandino arrugado como un acordeón, y va desarrugándose poco á poco.)

- BAS. Salga usted, señorito.
FIL. Sal sin temor, Amandino de mi alma.
AMAN. ¡Ay!... ¡ay!... Creí que me moría dentro del baul... Y, la verdad, morir junto á una cosa que he visto ahí, no me hubiera hecho gracia...
BAS. Peor hubiera sido morir á manos del señor: porque si el señor lo pesca á usted, lo deja en el sitio.
AMAN. Tu papá es muy bruto.
FIL. ¡Amandino, que es mi papá!
BAS. ¡Toma! ¡si no fuera su papá de usted sería más bruto!
AMAN. Y yo no se lo diría tan claro... ¡Ay!... ¡ay!...
FIL. ¿Te sientes mal?
AMAN. Muy mal...
FIL. (Con mimo.) ¿Quieres que te haga algo?
AMAN. Gracias, amor mío. Lo que quiero es que Basilia me cosa el chaqué, que se me ha roto en el baul con un clavo.
BAS. Démelo usted acá.
AMAN. (Quitándoselo.) Me vas á ver en mangas de camisa... ¡Qué vergüenza para los dos!... Tome usted, Basilia.
(Suena la campanilla de la puerta dentro, y no cesa hasta que Basilia se va por el foro.)
FIL. ¡Ay, Dios mío! ¡Ese es papá!
BAS. ¡Ese es el señor!
AMAN. ¿Dónde me meto?
FIL. ¡En el baul!
AMAN. No, no, no; en el baul de ninguna manera.
BAS. ¡Ah, qué ideal! ¡En la cama bien tapadito no lo ve!
FIL. ¡Es verdad!
AMAN. ¡Pues á la cama!
FIL. ¡A la cama!
BAS. Boca abajo es mejor.
AMAN. Boca abajo.
BAS. (Tapándolo bien.) ¡Al pelo! (A Filadelfa.) Guarde usted el chaqué, que yo voy á abrir. (Vase por el foro. Filadelfa esconde el chaqué en el baul mundo.)
FIL. ¡La Virgen esté con nosotros!

ESCENA III

DICHOS Y DON PANTALEÓN

- D. PAN. (Por el foro. Basilia lo sigue.) ¿En dónde se habían metido ustedes? ¡He echado abajo la campanilla!
- FIL. ¿Qué traes, papá?
- D. PAN. ¡Que por poco me muero en la escalera! ¡Acabo de tener un gran disgusto con Almagrete!... ¡Desagradecido!... ¡Un hombre que me debe mil atenciones!...
- BAS. Y mil pesetas.
- D. PAN. ¡Y mil pesetas! ¡Un hombre á quien yo he visto nacer dos veces!
- FIL. Papá, ¿qué estás diciendo?
- D. PAN. ¡Sí, señor, dos veces: una, cuando nació, y otra hoy, que por poco lo mato! ¡Brrrrr! ¡Me va á dar una apoplejía fulminante!... ¡Basilia, suba usted ahora mismo y avisele al médico que vive en el cuarto!
- BAS. Voy, voy, señor. (No doy dos reales por el novio de la señorita.) (Vase por el foro.)

ESCENA IV

DON PANTALEÓN Y FILADELFA. AMANDINO oculto

- D. PAN. ¡Hiervo! ¡hiervo! ¡hiervo materialmente!
- FIL. ¡Jesús, papá!
- D. PAN. ¡Estoy congestionado! (Da un palo en la cama.)
- FIL. ¡Ay!
- D. PAN. ¿Qué es eso?
- FIL. Nada, papá.
- D. PAN. Pues si no es nada, ¿por qué gritas? (Da otro palo en la cama. Amandino gime debajo.)
- FIL. ¡Ay!
- D. PAN. ¿Otra vez? ¡Brrrrr! ¡Prepárame dos sinapismos!
- FIL. Bueno, papá. (Pone sobre la mesa de noche dos sinapismos y dos vendas que saca del cajón.)

- D. PAN. (Disponiéndose á hacer lo que dice.) ¡Jesús! ¡qué mal estoy!... Voy á echarme un poco en la cama...
- FIL. (¡Dios mío! ¡Lo prensa como un puro!)
- D. PAN. Pero mejor es que antes le ponga dos letras á nuestro doctor, porque este jovenzuelo de aquí arriba será probablemente un idiota. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

FILADELFA y AMANDINO, BASILIA y el DOCTOR

- FIL. (Destapando un poco á su novio.) Amandino mío...
- AMAN. (Incorporándose.) ¡Ay, qué dos palos me ha dado tu papá!... Es aún más bruto de lo que yo creía.
- FIL. ¡Por Dios, vete á la calle!
- AMAN. No necesito que me lo supliques.
- DOCTOR. (Saliendo por el foro con Basilia.) A ver, á ver; ¿dónde está el paciente? Buenas tardes.
- FIL. (¡Cielos!)
- AMAN. (¡Santo Dios!)
- DOCTOR. (Encarándose con Amandino, que aún sigue en la cama.) ¿Qué es eso, hombre, qué es eso? ¿Qué le pasa á usted?
- BAS. (¡Anda!)
- AMAN. No... si yo... si yo...
- FIL. (Amandino, no me descubras. Piensa en mi honor.)
- AMAN. Yo... yo... yo. .
- DOCTOR. (A Filadelfa.) (Balbucea: ¡no me gusta nada!)
- FIL. (¡Con tal de que me guste á mí!...)
- BAS. (Vigilaré, no salga el señor y acabe con todos.)
- DOCTOR. Vamos por partes: confiésete usted conmigo. ¿Qué siente usted?
- AMAN. Haber venido á esta casa hoy.
- DOCTOR. ¿Eh? (Delira. ¡No me gusta! ¡no me gusta!...) Veamos el pulso. Hay algo de molimiento de huesos, ¿verdad? Como si le hubieran pegado á usted dos palos.

- AMAN. ¡Lo mismo, sí señor! (¡Qué ojo tiene este hombre!)
- BAS. (Dando un grito.) ¡Ay!
- TODOS ¿Qué? ¿qué? ¿qué ocurre?
- BAS. Nada, nada; creí que era otra cosa.
- FIL. Hija, por Dios..
- DOCTOR (A Amandino, con solemnidad.) (¿Sabe usted que no me gusta la criada?)
- AMAN (¡No; ni á mí tampoco!)
- DOCTOR Bueno. Sentimos dolor de cabeza, ¿verdad?
- AMAN. Sí, señor. (¡Que acabe y se vaya!) Sentimos dolor de cabeza.
- DOCTOR ¡Perfectamente!... Aquí, por fortuna, tenemos el remedio más eficaz. (Coge los dos sinapismos de marras y los moja en el lavabo.)
- AMAN. ¿Qué va usted á hacer?
- DOCTOR Ponerle á usted dos sinapismitos; sencillamente. ¿Eh? ¿Qué le parece á usted?
- FIL (Amandino, sacrificate por mi honor.)
- AMAN. Bien... me parece bien...
- DOCTOR Descubra usted las piernas.
- AMAN (Obedeciéndolo.) Ahí las tiene usted.
- DOCTOR ¡Ole! Calzoncillos cortos. ¡Admirable!
- BAS. Yo le ayudaré á usted, señor Doctor. (¡Pobre señorito!)
- FIL (Entusiasmada.) (¡Ay, Basilia, qué piernas!)
- BAS. (Sí: ¡parecen banderillas!)
- AMAN (Este ladrón de médico me las paga á mí.)
- DOCTOR ¡Ajajá! Abajito los pantalones ahorita, dé usted un paseito por la alcobita... y resístalos usted... su media horita.
- AMAN. (¡Está usted fresquito!)
- DOCTOR Si persiste el dolor de cabeza, que no persistirá, que le plantifiquen á usted otros dos en los brazos.
- AMAN. No persistirá.
- DOCTOR Y hasta luego, ¿eh? (Vase por el foro.)
- FIL. Vaya usted con Dios.
- BAS. Adiós, señor Doctor.

ESCENA VI

FILADELFA, AMANDINO, BASILIA y DON PANTALEÓN

- AMAN. ¡Ea! ¡pronto! ¡pronto! ¡Mi chaqué, mi sombrero, y á la calle!
- FIL. ¡Quítate los sinapismos primero!
- AMAN. ¡Fuera de aquí me los quitaré!
- BAS. ¡Nos hemos salvado en una tabla!
- FIL. (Ayudándole á Amandino á ponerse el chaqué, mientras Basilia saca el sombrero de la parte baja de la mesa de noche.) Toma, toma... Anda, monín...
- AMAN. ¡El sombrero! ¡el sombrero!
- FIL. ¿Dónde está el sombrero?
- BAS. El sombrero, señorito.
- D. PAN. (Saliendo por la izquierda.) ¿Qué pasa aquí?
- AMAN. |
- FIL. | (¡Maldición!)
- BAS. |
- D. PAN. Buenas tardes. ¿Es usted el médico, por ventura?
- FIL. Sí... sí... es el médico... el médico es...
- BAS. El médico, sí señor, el médico...
- AMAN. El médico... el médico... (¡Qué voy á hacerle! ¡Se ha propuesto la Providencia darme el día!)
- D. PAN. Siéntese usted. (Se sientan ambos. Detrás quedan Basilia y Filadelfa consternadas.)
- AMAN. (¡Vaya! ¡Me pondré en carácter!) ¿Qué tenemos, señor? ¿Sentimos dolor de cabeza? (¡Huy! ¡ya empiezan á picarme éstos!)
- D. PAN. Le diré á usted: la cosa es larga de contar..
- AMAN. (¡Pues me he lucido!... ¡Huy!...) (La inquietud que le producen los sinapismos aumenta por segundos, hasta que parece que va montado en bicicleta, según juega las pantorrillas.)
- D. PAN. Ayer me encontraba yo perfectamente...
- AMAN. Y yo... (¡Huy!)
- D. PAN. Pero hoy...
- AMAN. ¡Hoy!...
- D. PAN. Sí, señor, hoy, noté al levantarme como que no tenía sueño... y es claro, dejé la cama.

- AMAN. (¡Ay! ¡ay!...)
- FIL. (¡Pobrecito mío!)
- D. PANT. ¿Qué hace usted?
- AMAN. Que soy muy nervioso... no se ocupe...
(¡Huy!)
- D. PANT. Poner pie en tierra y sentir deseos de almorzar todo fué uno.
- AMAN. (¡Lo ha tomado desde sus orígenes...! ¡Huy!...
¿A que los voy á aguantar la media horita que quería el otro?)
- D. PANT. Almorcé como un bárbaro; usted me dispense...
- AMAN. Está usted en su casa... (¡Ay!..)
- D. PANT. Me cayó pesadillo el almuerzo, y salí á la calle con ganas de pegarle á alguno. (¿Qué hace este hombre?)
- AMAN. (¡Ay!)
- D. PANT. Volví á casa; torné á salir... y en esto, ¡zas! Almagrete. Me trabo de palabras con él, que tú, que yo... ¡pin! ¡pan! ¡pun!... Un disgustazo. Se me carga la cabeza de resultas, y le pido á mi hija para ¡onérmelos dos sinapismillos que tengo allí...
- AMAN. (¡Ya no están allí!)
- D. PANT. Pero al fin y al cabo no me los puse...
- AMAN. Lo siento en el alma... (¡Huy! ¡huy! ¡huy!...)
- D. PANT. Porque son muy malos ¿entiende usted? y ni siquiera pican.
- AMAN. ¿Que no pican? ¡Dígame usted á mí, que los estoy aguantando hace diez minutos!
- D. PANT. ¿Cómo?
- AMAN. ¡No puedo más! (Arrodillándose.) Perdón, caballero.
- FIL. (Arrodillándose también.) Perdón, papaito.
- BAS. (Lo mismo.) Perdónelos usted: se quieren con locura.
- D. PANT. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué burla es esta?
- AMAN. (¡Pin, pan, pun, tenemos!)
- D. PANT. ¡Lo mato! ¡lo mato!
- AMAN. Caballero, dígame usted: me llamo Amandino, y tengo veinticinco mil duros de capital.
- D. PAN. ¡Hombre! ¡Levántese usted en seguida! ¿Quiere usted tomar algo? (Se levantan todos.)
- FIL. ¿Nos perdonas, papá?

- D. PAN. ;Ya lo creo, hija mía! ¿Cómo he de contrariar yo una pasión honrada?
- AMAN. Es usted un santo. Con esa noticia me ha desaparecido el picor de los sinapismos.
- D. PAN. Y á mí con la sorpresa el malestar.
- FIL. Y á mí con la alegría el miedo.
- BAS (Y á mí con todo las propinas.)
- AMAN. (Al público.)
Público amable y señor:
si el juguete te ha gustado,
daré por bien empleado
el ratito de picor.

EPÍLOGO

EL AUTOR otra vez

(A la terminación del cuadro anterior se corre la cortina de la embocadura y en el sitio de los letreros vuelve á aparecer el de «Teatro nacional». Sale nuevamente el Autor y se dirige al público como al principio.)

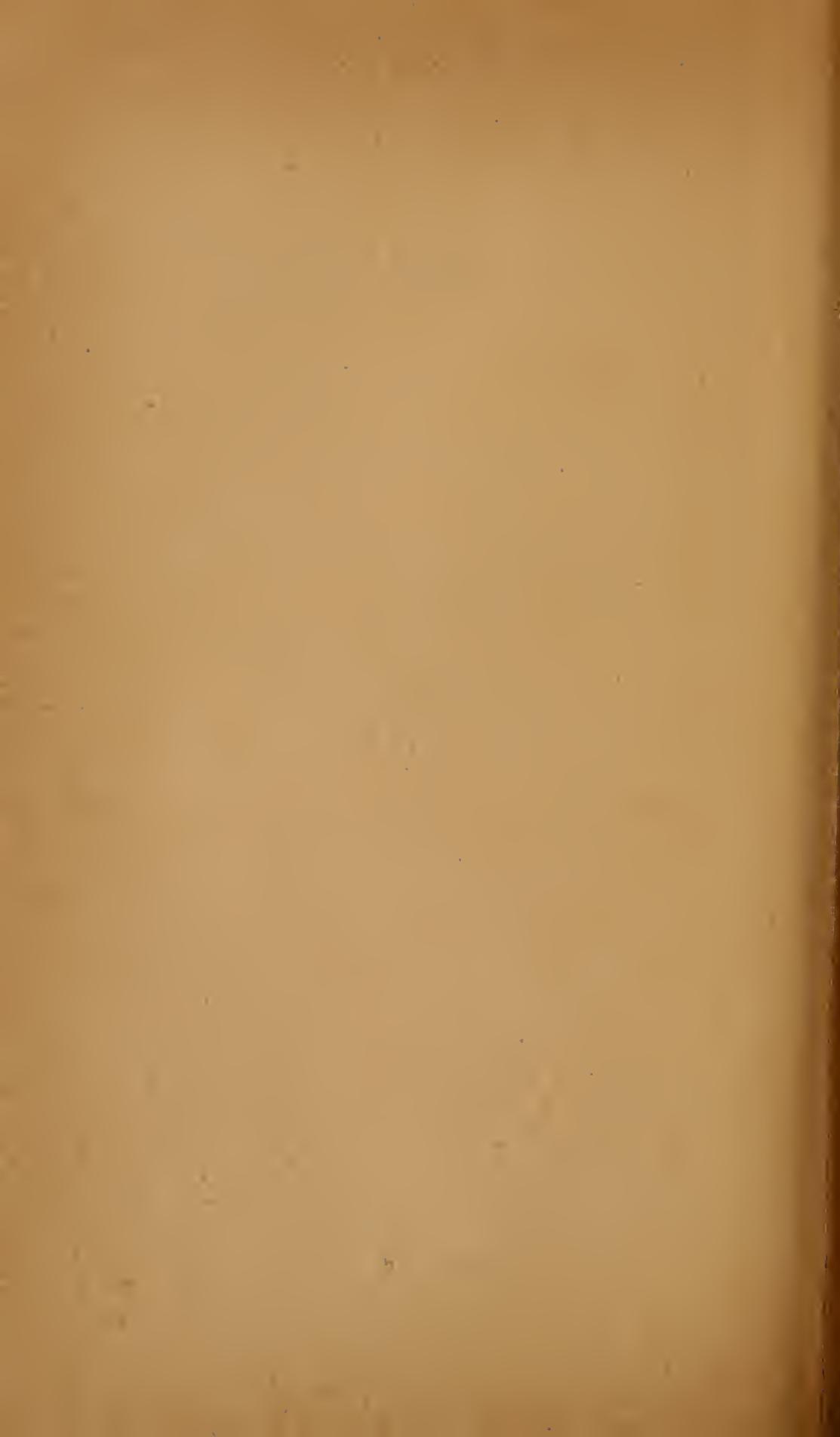
Aquí de nuevo me tienes:
te agrade la obrilla ó no
debo declararte ahora
que yo no soy el autor.
En nombre de los autores
verdaderos, que son dos,
mentí al principio y expuse
por mi boca su intención.
Perdónanos el engaño
y otórganos tu favor:
para mí, lo piden ellos;
para ellos, lo pido yo.

FIN



OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

- Esgrima y amor*, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico. (2.^a edición.)
El ojito derecho, entremés. (2.^a edición.)
La reja, comedia en un acto. (3.^a edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (5.^a edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros. (2.^a edición.)
El chiquillo, entremés. (3.^a edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos. (2.^a edición.)
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (2.^a edición.)
La pena, drama en dos cuadros.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música.
El nido, comedia en dos actos.
Las flores, comedia en tres actos.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés.
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música.



POLIZI N. 16590

